

Tras el derrumbe del socialismo real en Europa, el marxismo se agazapó en la izquierda populista latinoamericana. Revestido con nuevos ropajes de democracia radical y deliberativa, aprovechó y explotó la crisis de la representación para intentar su asalto al poder y sustituir el modelo liberal por otro presuntamente igualitario, participativo y horizontal. Este artículo visita algunas de las formulaciones del neomarxismo, recogidas y sintetizadas en España por Podemos.



Populismo de izquierda: marxismo camuflado y crisis de la representación

Los intelectuales marxistas no anticiparon el hundimiento televisado de los regímenes comunistas. El socialismo real se derrumbó de la noche a la mañana sin que sus pensadores hubiesen preparado, o al menos hilvanado, una fórmula alternativa. No dispusieron de tiempo para revisar y readaptar su patrón teórico. Tampoco acertaron a explicar las causas ni a elaborar un pre-

texto. En consecuencia, no impusieron su modelo interpretativo. Manejaron cuatro explicaciones pero se aferraron a la tesis del *derrocamiento* para rebatir las de *implosión*, *colapso* o *descomposición*, categorías que corresponden, según el marxismo, “a la mitología apologética del capitalismo y del imperialismo”¹. No cayó solo,

**JAVIER REDONDO
PORTELAS**

Profesor de Ciencia Política
de la Universidad Carlos III
de Madrid

protestan. Insisten por tanto en las causas exógenas y no endógenas y pretendieron mantener viva la dinámica del conflicto y lo que es más importante, el trasfondo del materialismo histórico: dado que el comunismo es el objetivo de la Historia, es también el estadio último de evolución y desarrollo de las sociedades; el comunismo constituye, en suma, la última y definitiva transformación.

De repente, a comienzos de los noventa quedaron obsoletas todas las nociones que acompañan al materialismo histórico: explotación, estructura, lucha de clases, acumulación de capital o la teoría del valor-trabajo². La miseria moral y económica que mostró al resto del mundo la Europa del Este anuló durante unos pocos años cualquier propósito reinterprelativo y sobre todo neutralizó la hegemonía académica del marxismo. La utopía socialista se desvaneció y el marxismo, desdibujado, atravesó un breve periodo de desorientación. Solo encontró cobijo en Hispanoamérica, donde comenzó su rearme. Abandonó el determinismo al tiempo que dotó de mayor protagonismo a las fuerzas de aceleración, esto es, a la movilización, a la agitación y al activismo. Fueron casi dos décadas doradas para los regímenes liberales y representativos, que carecieron de adversario pero no advirtieron que su refundación amenazaría la democracia desde dentro.

Sostengo en estas páginas, con todos los matices, puntualizaciones y discusio-

El socialismo real se derrumbó de la noche a la mañana sin que sus pensadores hubiesen preparado, o al menos hilvanado, una fórmula alternativa

nes mantenidas en diversos foros y con otros autores³, que las fórmulas y partidos que aglutinan y combinan elementos propios del populismo de estirpe latinoamericana (populismo de izquierda), de la democracia radical y deliberativa, son readaptaciones y manifestaciones neomarxistas. Aunque no emplean los mismos términos –incluso huyen, reniegan de ellos y hacen apostasía–, reproducen, en lo esencial, el mismo esquema: las instituciones representativas son resultado de las relaciones de producción. La causa de la crisis institucional radica en la mercantilización del espacio público. O sea, el libre mercado contamina y finalmente pudre la democracia. Para estas corrientes que vamos a identificar como neomarxistas camuflados en la posmodernidad, la crisis económica fue consecuencia del entreguismo de los partidos tradicionales –léase burgueses– a los dictados de la banca y tiburones de las finanzas. Los perdedores configuran el pueblo frente a los “especuladores” y “poderosos”, que integran el *establishment*.

En 1993, Chantal Mouffe escribió: “No es probable que el marxismo se recupere de los golpes recibidos, que no se limitan al descrédito que para el modelo soviético supuso el análisis del totalitarismo, sino que incluyen también el desafío al reduccionismo de clase que el surgimiento de nuevos movimientos sociales ha planteado”⁴. Por un lado, Mouffe reconoció que el marxismo perdió definitivamente la batalla por el significado de la libertad, que cayó inapelablemente del lado de las democracias. Por eso el populismo de izquierda se aferra a la democracia radical; porque el marxismo perdió toda legitimidad para desacreditar la democracia sin adjetivos. Por otra parte, Mouffe advirtió del despresti-

gio de la lucha de clases. La clase trabajadora ya no tiene fuerza irradiadora. Se habían cumplido, de alguna manera, las predicciones de Bernstein, que desechó a finales del siglo XIX “la teoría del derrumbamiento” del capitalismo. Pronosticó que no colapsaría porque había desarrollado suficientes “medios de adaptación”⁵.

Sin embargo, inmediatamente después de las líneas citadas, Mouffe añade: “Pero la situación no es en absoluto mejor para el enemigo fraterno, el movimiento socialdemócrata”. Con esto, queda todo dicho. Y concluye con un mensaje que adquirió plena vigencia posteriormente, durante los años de la crisis económica y financiera: los socialdemócratas son incapaces de “movilizar a quienes tenían interés en defender sus logros”. Da con una clave para entender el renacer del marxismo camuflado de populismo de izquierda y democracia radical en la última década. El mensaje no consistirá en reivindicar la sociedad socialista sino en denunciar que la *derecha* había arrebatado los derechos de la gente con la complicidad o retrainimiento de los socialdemócratas.

El acierto y baza de Podemos en 2014 fue interpretar con puntería datos aparentemente secundarios pero significativos de las encuestas: durante la Legislatura 2011-2015, el Gobierno generaba rechazo, pero el descontento se extendía a la oposición⁶, lo que permitió a los líderes de Podemos cuestionar los rendimientos del sistema e incluir en un

Para los neomarxistas el libre mercado contamina y finalmente pudre la democracia; las instituciones representativas son resultado de las relaciones de producción

mismo paquete como responsables de los “recortes” a los dos primeros partidos. Mientras los electores no levantaran su castigo al PSOE y la sociedad siguiera sufriendo los efectos de la crisis se mantendría viva la posibilidad de consumir el *momento populista*. Podemos pretendió erigirse en esa fuerza de aceleración que sustituyera la representación por el caudillismo emboscado en la defensa de la deliberación, la participación y la radicalidad democrática.

En resumen, Mouffe denuncia en 1993 la perversión de la política y reclama su rearme y “retorno”. La *repolitización* que reivindican ella y Laclau no es más que la recuperación de la noción de conflicto, esto es, la propuesta y activación de antagonismos. “Siempre hay un nosotros”, resume Laclau⁷. La variación consiste en plantear diversos conflictos, no un único eje de división. Mouffe avanza que el proyecto de futuro debía articularse en torno a movimientos sociales, es decir, sobre nuevas demandas de los descontentos con el funcionamiento de las democracias y los excluidos. Para los partidarios de la democracia radical, la representación es elitista y por tanto excluyente. Su modelo, por el contrario, es aparentemente inclusivo –y para que lo sea deben excluir a todo lo que no es pueblo e impide el acceso del pueblo a la política–. Suponen que la participación directa del pueblo neutraliza el mercado.

Además, como cada demanda aisladamente considerada no genera una fuerza hegemónica, el desafío habría de radicar no solo en promover cada nueva demanda sino en sumarlas todas y finalmente dotarlas de cohesión, comprimirlas en una idea fuerza y

construir con ella un marco de referencia y articular una versión de los hechos desprovista de complejidad y matices. “La construcción de una subjetividad popular es posible sobre la base de la producción discursiva de significantes *tendencialmente* vacíos. La denominada ‘pobreza’ de los símbolos populistas es la condición de su eficacia política –como su función es brindar homogeneidad equivalencial [sic] a una realidad altamente heterogénea, solo pueden hacerlo sobre la base de reducir al mínimo su contenido particular–”, escribe Laclau⁸, que nos propone nuevos significantes para sustituir el de clase social, a los que hay que dotar de significado. Pueblo y poder serán los términos antagónicos como entonces lo fueron proletariado y capital. No desaparece la lucha y emerge, debajo de todo este ropaje conceptual, la noción de conciencia de clase: “No hay populismo sin una construcción discursiva del enemigo”.

La pista a los neomarxistas refundados como populistas de izquierda se la proporciona Bernard Manin, para quien la democracia de audiencia se caracteriza, entre otras cosas, por una competitividad abierta en una sociedad de divisiones múltiples⁹. Así pues, el populismo demostrará especial habilidad para identificar y apropiarse de la división exitosa en cada caso, sin importarle demasiado incurrir en contradicciones. A esa destreza para crear y propagar diversos focos de

Para el nuevo marxismo lograr la hegemonía resulta esencial. La toma del poder no será revolucionaria. La revolución solo puede hacerse desde el poder

conflicto –en última instancia reducidos a uno–, pericia para identificar descontentos y ocupar espacios diferentes –superposición de descontentos– y finalmente dotarles de significado, le llamaré Podemos –hemos de subrayar que nació con vocación de movimiento– *transversalidad*. Solo seis meses después de presentarse a sus primeras elecciones generales, concurrió a las segundas en coalición con Izquierda Unida. Medio año duró la transversalidad.

Todo esto explica que para el nuevo marxismo lograr la *hegemonía* resulte esencial. La toma del poder no será revolucionaria. La revolución solo puede hacerse desde el poder. Aquí difiere del marxismo clásico y ortodoxo y se aproxima más al bolchevismo o marxismo leninismo. Como cuando Laclau concreta que



“el proceso [de homogeneización] llega a un punto en que la función homogeneizante es llevada a cabo por un nombre propio: el nombre del líder”¹⁰. Por eso decíamos arriba que los populismos de izquierda esconden su caudillismo tras sus demandas de participación, deliberación y radicalización democrática. En todo caso tratan, insisto, de construir un marco interpretativo y narrativo que conduzca a la propia autodestrucción del sistema representativo sobre los ejes de la crisis y de la corrupción, consecuencia de lo que un siglo atrás hubiesen denominado explotación y acumulación y hoy llaman *tecnocratismo*.

En cierto modo y de forma algo pueril pero sobre todo sinuosa, el populismo de izquierda –neomarxismo– no ha dejado de creer en el colapso ni en el papel que para acelerarlo debe ejercer la *intelligentsia*. Como ha clarificado en alguna ocasión Íñigo Errejón, cofundador de Podemos, a la hegemonía política se llega mediante la hegemonía cultural¹¹. Por eso, cuando comprobó que los mecanismos de defensa de la democracia funcionaban, manifestó su disposición a colaborar con el PSOE. Ante la imposibilidad de “asaltar los cielos”, la transformación del régimen solo llegará por la vía de la hegemonía cultural. Reconocemos que esto tampoco es marxismo originario. No obstante, nos permite comparar las dos propuestas confrontadas en el Segundo Congreso de Podemos, celebrado en Vistalegre, en Madrid, en febrero de 2017 y avanzar en nuestra tesis.

Los populismos de izquierda esconden su caudillismo tras sus demandas de participación, deliberación y radicalización democrática

Para Errejón, el régimen ha resistido los embates y se muestra fuerte; si bien el Gobierno del PP ofrecía síntomas de debilidad. Para Iglesias, por el contrario, el PP se encuentra fuerte, mientras el régimen no lo está tanto. Asimismo cada uno defendió un modelo de organización: más abierto, participativo y descentralizado, Errejón; y jerárquico, centralizado y con un liderazgo fuerte, Iglesias. Se impuso el de Iglesias¹². De modo que hoy Podemos sigue el patrón propio de los partidos comunistas: no hay posibilidad de homogeneización sin personalismo.

Volvamos a la década de los noventa. A estas alturas no deben quedarnos muchas dudas de que el marxismo renació. Lo hizo aprovechando las discusiones suscitadas en las sociedades abiertas a propósito de la redefinición de espacio y esfera públicas. Aparentemente trasmutado, el nuevo marxismo tomó de las propuestas críticas con los regímenes representativos un renovado impulso con planteamientos más frescos y tuvo la habilidad de conservar a buen recaudo y reconsiderar algunos de sus términos fetiche aunque menos manoseados: *alienación* –del que se derivan otros dos: *autonomía* y *autorrealización*– y, como decíamos arriba, *conflicto dialéctico*–. Laclau y Mouffe citan a Gramsci, que sustituyó “las identidades de clase del marxismo clásico por identidades hegemónicas constituidas a través de mediaciones no dialécticas”¹³.

Este marxismo de nuevo cuño juega con la ventaja de que las democracias someten a sus gobiernos, instituciones y representantes a escrutinios periódicos, permite la crítica permanente y por eso mismo da la sensación de que el malestar con su funcionamiento

también es permanente. No todos los teóricos de la democracia deliberativa son marxistas. Ni mucho menos. En muchos casos, sus propuestas son complementarias de la representación. Sin embargo, el neomarxismo aprovecha esta veta para presentar una enmienda a la totalidad al principio representativo. El populismo de izquierda reconoce que el anticapitalismo ha desaparecido. Por tanto, la disputa ha de llevarse a cabo con símbolos y categorías propias de la democracia. Por decirlo gráficamente: ahora el neomarxismo pugna por arrebatarse la democracia a la democracia. Laclau y Mouffe reconocen que el modelo de democracia deliberativa propuesto por Habermas les puede ser de gran utilidad para dar forma a su democracia *agregativa*, pero le critican que se basa en la búsqueda del acuerdo y la conciliación. La democracia radical, por el contrario, elimina cualquier posibilidad de reconciliación. La democracia radical no puede ponerse en práctica en un terreno neutral¹⁴, ni los de abajo pueden deliberar conjuntamente con los de arriba.

El populismo de izquierda, asume Laclau, únicamente puede arraigar allí donde se dibuje un paisaje de ruina moral y política. Afirma que lo que hace radicalmente democrático un sistema no es su naturaleza –fascista o liberal–, sino el origen y legitimidad de las demandas que se formulan. El procedimiento y la representación son obstáculos para que el pueblo ejerza di-

Ante la imposibilidad de “asaltar los cielos”, la transformación del régimen solo llegará por la vía de la hegemonía cultural. Esto tampoco es marxismo originario

rectamente el gobierno. Laclau invierte así el sentido y esencia de la democracia. Para él, las demandas son democráticas si provienen de los excluidos; y si obtienen respuesta, el sistema se convierte automáticamente en democrático, ya que alcanza su dimensión igualitaria. Por tanto, la igualdad social y no la jurídica, constituye el primer indicador democrático¹⁵.

Hemos visto con este breve repaso que el marxismo nunca se fue del todo. Sobrevivió gracias a que la crítica al capitalismo en cuanto que sistema perverso todavía gozaba de buena salud en los países en vías de desarrollo. Este enfoque es circular, reduccionista e impreciso, pero precisamente por ello eficaz. Además, sus académicos hicieron de la necesidad virtud y supieron explotar, tras la caída del Muro, la existencia de un *asfixiante* “pensamiento único” que había que combatir para preservar el *pluralismo intelectual*. Por otro lado, los neomarxistas asociaron capitalismo –explotación– y guerra. Estas eran producto de aquel. Ocurre ahora cuando analizan el fenómeno del terrorismo islámico.

La reaparición del marxismo en Europa coincidió con los primeros debates –bienintencionados– sobre la crisis de las democracias liberales. Los estudios sobre el malestar de las democracias se referían a la crisis de los partidos, la desafección y la insatisfacción. Se cuestionaba el funcionamiento de la democracia, no el complejo mecanismo; se sugerían ajustes, mejoras y complementos. Por su parte, el marxismo no se había desintegrado, simplemente se había replegado. Una vez identificados los límites de la discusión, se abalanzó sobre su presa –el libre mercado– aprovechando un flanco débil de su adversario: las democra-

cias desatendieron la reflexión sobre la participación y estimularon el campo semántico en el que comenzó a desenvolverse con soltura, comodidad y naturalidad el neomarxismo, que capitalizó en España la indignación y supo asociar pobreza y crisis de la representación.

El populismo de izquierda identificó la ruptura del “vínculo emocional” (Hanna F. Pitkin) que requiere el principio representativo, que parecía no ejercer las funciones que lo legitiman y justifican: responsabilidad, semejanza y capacidad de respuesta. El populismo de izquierda se aferró a la crítica del consenso pospolítico (tendencia centrípeta de los programas o lo que Podemos llama “turnismo”). La discusión había desaparecido de la esfera pública en aras de un tecnocratismo que excluía al pueblo del proceso de toma de decisiones. La democracia había sido secuestrada por el mercado. Colin Crouch¹⁶ identifica la *posdemocracia* como el estadio en que vence la apatía y la frustración, la izquierda se rinde, la mercantilización y burocratización sustituyen a la política y se produce una crisis de redistribución. He aquí el momento populista, la coyuntura propicia para el renacer del marxismo sin Marx. Como he dejado escrito en otro sitio, para consumir su propósito, el populismo neocaudillista requiere que se fracture la sociedad y se destruya la clase media. Pueden contribuir a lo primero, pero para lo segundo necesitan el poder. ■

Hoy Podemos sigue el patrón propio de los partidos comunistas: no hay posibilidad de homogeneización sin personalismo

BIBLIOGRAFÍA

- Crouch, Colin** (2004). *Posdemocracia*. Madrid: Taurus.
- Elster, John** (1991). *Una introducción a Karl Marx*. Madrid: Siglo XXI.
- Elster, John** (comp.) (2001). *La democracia deliberativa*. Barcelona: Gedisa.
- Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal** (2001). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Madrid: Siglo XXI.
- Laclau, Ernesto** (2016). *La razón populista*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Mouffe, Chantal** (1993). *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*. Barcelona: Paidós.
- Panizza, Francisco** (comp.) (2009). *El populismo como espejo de la democracia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Redondo, Javier** (2017). “Vistalegre II: el futuro no es lo que era”. En revista *El espectador incorrecto*, núm. 4, abril, pp. 94 y 95.

NOTAS

- Salem, Jean** (2010). *Lenin y la revolución*. Barcelona: Península, pp. 29-31.
- El marxismo las mantuvo vigentes para explicar la relación entre el Primer y el Tercer Mundo, adonde había que exportar la lucha de liberación y descolonización contra el imperialismo norteamericano. Véase: **Priestland, David** (2010). *Bandera roja. Historia política y cultural del comunismo*. Barcelona: Crítica.
- Rivero, Ángel** (2018). “La ideología de Podemos: comunismo, pérdida de fe y populismo”. En *Cuadernos de Pensamiento Político*, núm. 57, pp. 15-22.
- Mouffe, Chantal** (1993). *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo,*

democracia radical. Barcelona: Paidós, p. 27.

- ⁵ **Bernstein, Eduard** (1982). *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*. Madrid: Siglo XXI [edición original: 1897-1898]. Rosa Luxemburgo rebatió a Bernstein. Le tildaba de "oportunist" porque al negar la implisión del modelo de producción capitalista, abjuraba del materialismo histórico. Consideraba al oportunismo "incompatible con el socialismo, por cuanto su tendencia interna se encamina a encauzar el movimiento obrero por caminos burgueses, esto es, a paralizar completamente la lucha proletaria de clases. Ciertamente que esta lucha de clases, si no se entiende como proceso histórico, no puede identificarse completamente con el sistema marxista". **Luxemburgo, Rosa** (2016). *Reforma o revolución*, Madrid: Akal, p. 98 [edición original: 1898].

- ⁶ Serie Banco de Datos del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS): A.4.10.01.010 *Valoración de la labor de oposición del PSOE al Gobierno central del PP*. Pregunta: "Y, en general, ¿cómo calificaría la actuación política que está teniendo el PSOE en la

El neomarxismo aprovecha que las democracias someten gobiernos, instituciones y representantes a escrutinios periódicos para presentar una enmienda a la totalidad al principio representativo

oposición: muy buena, buena, regular, mala o muy mala?" Las opciones mala y muy mala superan el 50% en 2012 y 2015; y rondan, alcanzan y superan el 70% en 2013 y 2014: <http://www.analisis.cis.es/BDConsultaSeriePrg.jsp>

- ⁷ **Laclau, Ernesto** (2016). *La razón populista*. México: Fondo de Cultura Económica, pp. 110-122. No por casualidad el epígrafe se titula "Antagonismo, diferencia y representación".
- ⁸ **Laclau, Ernesto** (2009). "Populismo: ¿Qué nos dice el nombre?". En **Panizza, Francisco**. *El populismo como espejo de la democracia*. México: Fondo de Cultura Económica, pp. 51-70. (cita: p. 60).
- ⁹ Las divisiones múltiples explican las variaciones, volatilidad y vaivenes electorales en sociedades de clases medias y más expuestas a flujos de información y comunicación. **Manin, Bernard** (2008). *Los principios del gobierno representativo*. Madrid: Alianza [primera edición: 1998], pp. 267-286.
- ¹⁰ **Laclau, Ernesto** (2009). *Op. Cit.*, p. 60.
- ¹¹ "Creo que hemos *podemizado* España. Y, al mismo tiempo, nos hemos manchado de España. Todas las victorias, antes de ser victorias políticas, lo son culturales. Marcamos unos temas y unas pautas que, meses o años después, hacen suyos unos actores que no son simpatizantes nuestros. Van a remolque. Es una de las características de la hegemonía: que no es sólo ganar, sino marcar el terreno de juego. Y nosotros lo estamos haciendo". **Íñigo Errejón**, entrevistado en la revista *Papel de El Mundo* por Javier López y Thomas Canet, núm. 35. Domingo, 15 de mayo de 2016, p. 22.
- ¹² **Redondo, Javier** (2017). "Vistalegre II: el futuro no es lo que era". En revista *El espectador incorrecto*, núm. 4, abril, pp. 94 y 95.
- ¹³ **Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal** (2001). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Madrid: Siglo XXI, p. 15.
- ¹⁴ *Íbid*, pp. 19-23.
- ¹⁵ **Laclau, Ernesto** (2009). *Op. Cit.*
- ¹⁶ **Crouch, Colin** (2004). *Posdemocracia*. Madrid: Taurus.

PALABRAS CLAVE

Izquierda ● Populismo ● Neomarxismo ● Democracia representativa ● Democracia radical ● Pueblo ● Mercado ● Conflicto ● Poder ● Crisis